

El precio de la cultura

por Manuel R. Moreno Fragnals

Desde el punto de vista de la teoría económica, a partir de la Segunda Posguerra Mundial se han ido acumulando explicaciones a la cambiante marea del desarrollo de la América Latina: el estructuralismo, la teoría de la dependencia, el redescubierto monetarismo, y el *laissez faire* para países subdesarrollados que ha elaborado el Fondo Monetario Internacional, son cuatro explicaciones y, en cierta forma, cuatro guías surgidas para diagnosticar y curar la crisis permanente. Pero ninguna de estas u otras teorías analiza la cultura como fondo de bienes materiales/espirituales del hombre, su impacto sobre la crisis, y la recíproca influencia de la crisis sobre la cultura.

Independientemente de cualquier otra interpretación, la ciencia y en general la cultura de un país puede ser vista como un fondo creado por las generaciones precedentes; como un dinámico fondo de bienes materiales y espirituales. Bienes que modernamente tienden a adquirir el carácter de mercancías. Fondo cultural que no puede concebirse como algo estático, sino dinámico, que se enriquece en el diario proceso de recreación o se empobrece cuando dejan de actuar sobre él fuerzas renovadoras. Fondo cultural sometido también al saqueo de los países capitalistas desarrollados que a partir de un alto dominio técnico pueden reelaborar los datos fundamentales de la música, de la plástica y de su largo saber pragmático acumulado.

Los economistas hablan de los términos del intercambio desigual: y el intercambio desigual empobrece económicamente, pero empobrece aún más culturalmente. Y el deterioro económico puede ser recuperado a corto o mediano plazo, pero el deterioro cultural puede ser definitivo: y la dependencia cultural, mucho más honda pero mucho más sutil que la dependencia económica, crea nexos, escalas de valores y patrones de comportamiento que marcan a generaciones completas. Es posible que la dependencia cultural sea una consecuen-

cia de la dependencia económica: pero origina un mundo autónomo capaz de influir sobre la causa que le dio origen, y cerrar aún más los nexos de dominación.

En su *Report* de 1985, el Banco Interamericano de Desarrollo (y quiero citar intencionalmente una fuente sin la menor sospecha de carga ideológica marxista) señalaba el costo social de los «ajustes» económicos llevados a cabo por los países de la América Latina para enfrentar los pagos de la deuda externa. Estos «ajustes» se estaban haciendo —se están haciendo— «al precio de grandes sacrificios en los niveles de vida y en la estabilidad laboral».

Así el pago de la deuda se transmite directamente a los alaridos de los trabajadores, mediante un incremento de la inflación asociado a una sustancial depreciación monetaria. El *Report* reconocía el constante declinar de los salarios reales con el creciente ascenso de la curva de desempleo. Y el pronóstico es que el nivel de vida continuará siendo erosionado por el resto de la década de los 80, mediante los llamados programas de «austeridad fiscal», con el consiguiente deterioro del desarrollo económico y los servicios sociales, especialmente salud y educación.

No es un secreto para nadie que los llamados programas de austeridad fiscal comienzan por cortar los presupuestos dedicados a la ciencia y la cultura. Se cercenan los fondos universitarios, las subvenciones a actividades artísticas y de investigación. Se produce una erosión cultural, en parte por la paralización de la actividad de recreación de la cultura, y en parte porque la situación creada facilita la penetración de elementos culturales originados en los centros de los países metropolitanos, y que no son reelaborados en la periferia sino asimilados, incorporados, en los estratos de la base social más afectada por la crisis económica.

A esta situación de doble desamparo económico y cultural puede achacarse, al menos parcialmente, el aumento de la

prostitución, el empleo de drogas, la violencia social y la delincuencia creciente, en un medio que pierde los valores culturales que le daban identidad, cohesión y dignidad, simultáneamente a la mengua de sus modos de subsistencia, de su forma de vida material. El núcleo social afectado queda abierto a la penetración indiscriminada de los productos, de las mercancías culturales más baratas, emanadas de los centros de dominación. La llamada por ciertos sociólogos «cultura de la pobreza» es, en síntesis, la cultura de la dominación de los pobres.

En los estados superiores de la pirámide social, la erosión cultural y científica adquiere, además, otras formas. Hoy podemos calcular cuántas veces más que hace diez años nos cuesta una determinada maquinaria que pagamos con las materias primas que producimos. Pero debemos pensar también que formar un médico, hacer un ingeniero, graduar un filólogo, perfeccionar un pianista, nos cuesta hoy cinco, siete y, hasta diez veces más que hace una década. En otras palabras, mantener y recrear la cultura en la América Latina es una labor cada día más costosa, dura y difícil. Y con el acelerado deterioro del nivel de vida, son menos las horas posibles a dedicar a la creación y los disfrutes artísticos, y menos y más pobres los niveles relativos de información e instrumental científico.

Hace un siglo se estampó una frase lapidaria: *La universidad separada de la política es una gran mentira*. Hablar de la cultura separada de la economía, es una gran mentira. Los intelectuales de hoy estamos en la obligación de enfrentar esta lucha por la soberanía de los pueblos de Nuestra América. Pero este es en su base, un problema económico, cultural y político. Definir una posición económica frente a problemas como la deuda externa y el intercambio desigual, es definir una posición cultural.

Revista *Casa de las Américas*,
nº 155-156 de 1986.